

se trataba de nombrar principal ministro al duque del Chatelet, se negó á subordinarse á un superior. En 26 de agosto fué nombrado director general de hacienda y al día siguiente ministro de Estado; sin poseer el título de principal ministro, iba á serlo de hecho, pues nadie tenía altura suficiente para oponerse á él dentro del ministerio que, en lo sucesivo, quedó formado por Lamoignon, ministro de la Justicia; Montmorín, secretario de Estado en los Negocios extranjeros; Brienne, en la Guerra; Villedeuil, en la Casa del Rey; La Luzerne, en la Marina, y Lambert, contralor general.

CAPÍTULO III

SEGUNDO MINISTERIO DE NÉCKER (AGOSTO DE 1788-ENERO DE 1789) (1)

I. Reingreso de Nécker en el gobierno.—II. Insurrección de los privilegiados.—III. Convocación de los Estados generales.

I.—Reingreso de Nécker en el gobierno

Nécker fué acogido como un salvador y llevó la tranquilidad al ánimo del rey. Luis XVI díjole, según parece: «Hace muchos años que no he tenido un instante de felicidad;» á lo que Nécker hubo de responder: «Dejad, señor, que pase algún tiempo y ya no hablaréis así; todo acabará bien.» La reina mostróse amable con él á fin de desarmar los odios que sobre ella había atraído Brienne, y cuando le recibió, el 26 de agosto, dijo al rey: «He aquí á vuestro mejor amigo.» El conde de Provenza, que, en otro tiempo, había contribuído á derribarle, colmóle de atenciones; y madama Adelaide, el conde de Artois, los príncipes, todos quisieron atribuirse el mérito de su vuelta al gobierno, lo que motivó que Mirabeau escribiese: «He aquí al fin al señor Nécker rey de Francia.» Del nuevo ministro se esperaban «milagros.»

(1) FUENTES. Arch. parlementaires, t. I; *Tablettes de Bernadotte*, t. V; Linguet, *Annales*; Mounier, *Recherches...*; Nécker, *Œuvres*, t. IX y X, ya citados. *Interrogatoires des émeutiers arrêtés le 30 août 1788* (Bibl. Nat. ms. fr. 1100; Col. Joly de Fleury); *Précis exact des événements de Bretagne*, 1.º de febrero de 1789; *Correspondance de la municipalité de Rennes*, diciembre 1788, enero 1789 (Registros de la oficina de la ciudad de Rennes); *Journal de Duquesnoy*, París, 1894, 2 vol.; *Lettres et instructions de Louis XVI au comte de Saint-Priest*, pub. por de Barante, 1845. De Barentin, *Mémoires sur les derniers conseils du roi Louis XVI*, París, 1844. Montlosier, *De la monarchie française depuis son établissement jusqu'à nos jours*, París, 1805, 7 vol. Dumont, *Souvenirs sur Mirabeau*, 1832. Beaulieu, *Essai sur les Révolutions*, París, 1796. Mirabeau (*Lettres du comte de*) á un de ses amis en Allemagne (Mauvillon), 1786-1790, Brunswick, 1792. *Récit de ce qui s'est passé à Lyon le 3 octobre 1788*; *Le despotisme des parlements*; *La mine éventée*; *La passion, la mort et la résurrection du peuple*, folletos de 1788. Serván, *Petit colloque*; *La régénération de la France par les États généraux*. Sieyes, *Qu'est-ce que le Tiers Etat?*, folleto, 1789.

OBRAS DE CONSULTA: H. Carré, *Le conseiller à Epremesnil*; Charavay, *La Fayette*; Cherest; Geffroy, t. II; Gomel, t. II; de Lavergne; de Nolhac; Rabaut, ya citados. Flammermont, *Le second ministère de Necker* («Revue historique», t. XLVI). Duchatellier, *Histoire de la Révolution dans les départements de l'ancienne Bretagne*, París, 1836, 6 vol. Gaullieur, *Le retour du Parlement de Bordeaux*, 1788 («Bull. municipal officiel de Bordeaux», 16 de enero de 1893). Guibal, *Mirabeau et la Provence*, París, 1887-1891, 2 vol. Fournier, *Histoire du Pont-Neuf*, París, 1861, 2 vol. De Ribbe, *Pascalis*, Aix-Marsella, 1854.

Nécker consiguió restablecer el orden por algún tiempo. En París prolongábase la agitación causada por la bancarrota de Brienne, y en la plaza Dauphine los curiales pasearon el maniquí del ministro destituido, le hicieron pedir perdón de sus culpas y lo quemaron. Reforzados por los habitantes de los arrabales, ocuparon las plazas y las encrucijadas, obligando á los habitantes á cerrar las tiendas y á encender luces, y asaltaron la ronda y á los guardias franceses y suizos; en aquellas jornadas, del 27 y del 28 de agosto, hubo varios muertos y heridos. Entonces el comandante Birón ordenó á los guardias franceses y suizos que repeliesen la fuerza con la fuerza y en veinticuatro horas se restableció la calma.

La situación financiera inspiraba más temores que los disturbios; los mejores valores sufrían una depreciación enorme; las acciones de la Caja de Descuentos no encontraban compradores y la muchedumbre afluía día y noche á las taquillas de las cajas. El gobierno no sabía cómo pagar á los rentistas, pues á fines de agosto no había en el Tesoro más que cuatrocientas diez y nueve mil libras, de las que sólo doscientas mil eran en dinero. Nécker desplegó todos los recursos de su habilidad financiera: hizo esperar á los acreedores, prestó al rey dos millones de su fortuna personal, obtuvo del alto comercio y de la alta banca un anticipo de setenta y cinco millones, pidió prestados siete á los notarios de París y tres á los administradores y de este modo pudo hacer frente á las necesidades del Tesoro hasta la reunión de los Estados generales. Gracias á todo esto renació la confianza y á fines de agosto los efectos reales subieron en la Bolsa treinta por ciento en pocos días.

Desgraciadamente, Nécker ninguna enseñanza había sacado de los acontecimientos; hombre de medidas incompletas, contemporizador, fiado en su habilidad y en su suerte, no comprendió que había pasado el tiempo de los recursos mediocres y no tuvo grandes proyectos de reformas políticas. Aunque en teoría era partidario de la monarquía inglesa, no le disgustaba ser ministro de un rey absoluto. Su programa modestísimo puede resumirse en estos términos: sacar partido de las asambleas provinciales y mejorar los diversos servicios administrativos.

II.—Insurrección de los privilegiados

Nécker no era amigo de los parlamentos, pero consideraba necesario restablecerlos para reconquistar la opinión. En 3 de septiembre hizo rechazar por el Consejo el mantenimiento íntegro de los edictos de 8 de mayo de 1788 y se adhirió á un compromiso, según el cual de los diez y seis grandes bailíos de la jurisdicción de París sólo se conservarían tres ó cuatro, y los parlamentos recobrarían el derecho de registrar los edictos hasta la reunión de los Estados generales, pero se acometería desde luego la reforma de la legislación criminal; estas decisiones las anunciaría el rey en una sesión solemne que se celebraría el 15 de septiembre. Los parlamentarios, sin embargo, reunidos en casa de uno de ellos, resolvieron perseverar en su oposición á los edictos, aun después de modificados. El 14 de septiembre, Lamoignon fué sacrificado á la política de conciliación, recibiendo doscientas mil libras para pagar sus deudas, que

importaban un millón novecientas mil, y la promesa de una gran embajada y de un título de duque para su hijo. Lamoignon entregó los sellos á Barentin, primer presidente del Tribunal de Subsidios, un «maniquí,» como se decía, ignorante y falto de inteligencia.

La idea de la sesión solemne presidida por el rey fué abandonada y el gobierno amnistió á los nobles y á los magistrados desterrados ó encarcelados con motivo de los edictos de mayo y de los disturbios por éstos producidos, y restableció los parlamentos en su estado anterior. Pero para anunciar su desistimiento, adoptó un tono belicoso; en efecto, en la declaración que hizo leer en el Parlamento el 23 de septiembre, día en que entró de nuevo en funciones este tribunal, el rey afirmaba su voluntad de disminuir los gastos de los pleitos, de simplificar las formas del procedimiento y de aproximar la justicia á los litigantes, y añadía que aplazaba «sus últimas resoluciones hasta la celebración de los Estados generales,» que se reunirían en el mes de enero de 1789. A pesar de que el monarca había ordenado que se guardara silencio sobre el pasado, el abogado general Seguier no dejó de pronunciar un discurso contra los edictos de mayo.

Después de la desgracia de Lamoignon, cuya fama de enérgico contenía al populacho, habíanse reproducido en París los desórdenes, más graves aún que antes. Los dependientes de la curia, á quienes se habían unido obreros sin trabajo agriados por la miseria, mendigos y gentes sin oficio ni beneficio, derribaron aparadores de tiendas y quemaron en efígie al ex ministro de la Justicia, cuyo palacio, lo mismo que el de Brienne, estuvo á punto de ser incendiado. También intentaron incendiar la casa del comandante de la ronda, la cual fué atacada á pedradas y á garrotazos, y quemaron garitas de centinelas y cuerpos de guardia. Los soldados, al fin, perdieron la paciencia y, después de las oportunas intimaciones, acuchillaron á los amotinados. El desorden había durado dos semanas, desde el 16 al 28 de septiembre.

El Parlamento había promulgado, el día 24, un decreto prohibiendo la formación de grupos y los petardos, pero al mismo tiempo había citado al lugarteniente de policía é invitado á Birón, comandante de París, á que se presentasen ambos ante el tribunal para dar explicaciones, y ordenado una información sobre las violencias y los crímenes cometidos en París desde el 26 de agosto, como si, en estos términos vagos, quisiera englobar en una misma inculpación á los amotinados y á la policía. De aquí que los amotinados anunciaran que iban á apalear á la ronda y que unos centenares de granujas sembraran el terror en París y atacaran en la calle de la Harpe á una patrulla de guardias franceses y en el Puente Nuevo á la tropa de policía. El Parlamento acabó por amenazar con perseguir criminalmente á todos los perturbadores, pero para no perder su popularidad, prosiguió su información sobre los excesos policíacos.

Los parlamentos de provincia entraron de nuevo en funciones en octubre de 1788 de una manera triunfal, saludados con discursos por las delegaciones de las jurisdicciones inferiores, los abogados, los procuradores, los ayuntamientos y las universidades, aclamados por la multitud, bajo una lluvia de flores y entre salvas de

artillería y repique de campanas. «El amor llegaba al entusiasmo y la alegría al delirio.» Los parlamentos se embriagaron con estas demostraciones de afecto y de respeto, sin comprender que se les festejaba á causa de su resistencia al ministerio y al rey y creídos de que eran admirados y amados por ellos mismos. Este equívoco no podía durar mucho tiempo. El Parlamento de París, al registrar, en 25 de septiembre, la declaración del 23, había expresado, á propósito del artículo que ordenaba la reunión de los Estados generales, el deseo de que éstos fuesen «regularmente convocados y compuestos, y ello según la forma observada en 1614,» es decir, que cada orden tuviese igual número de diputados. Pues bien: lo que se esperaba no era una reedición de los antiguos Estados; queríase una Asamblea nacional, como había dicho La Fayette. Todos los que hasta entonces habían podido hacerse alguna ilusión vieron cuán impregnado de estrecho conservadorismo estaba el Parlamento, y la popularidad de éste desvaneciése para no renacer jamás. Los Nacionales pidieron que en las futuras elecciones el tercer estado no pudiera elegir á nobles, lo que equivalía á excluir á los parlamentarios, ya que éstos eran ennoblecidos, siendo de esperar que la nobleza, por su parte, no elegiría á «gollillas,» y que, por ende, los parlamentos no tendrían representación en los Estados.

La cuestión de la convocación de los Estados generales comenzaba á preocupar al gobierno. Tratábase principalmente de saber si se concedería al tercer estado la doble representación; Nécker era partidario de esto, pero estaba harto preocupado en contemporizar con todo el mundo para imponer sus preferencias y, en su consecuencia, pensó en consultar sobre este asunto á los Notables de 1787 á quienes de nuevo reunió en Versalles el día 6 de noviembre. Por lo demás, abstúvose por prudencia de declarar su opinión y la comisión que presidía el conde de Provenza adoptó, por un voto de mayoría, la solución deseada por el gobierno; pero todos los demás fueron de parecer de que los diputados fuesen elegidos á razón de uno por orden y bailío y, á fin de oponer á las clases ilustradas las masas ignorantes y dependientes, pidieron la votación pública y el derecho de sufragio para los criados, mozos de labranza y lacayos. Esta intransigencia de los Notables fué una decepción para Nécker y aumentó en la nación el descontento contra los privilegiados.

Éstos tomaron la ofensiva, y el día de la sesión de clausura de la reunión de Notables, el 12 de diciembre, el conde de Artois y los Condé entregaron al rey una memoria en la que protestaban contra los «nuevos sistemas» y le suplicaban que no «sacrificase ni humillase á esa valerosa, antigua y respetable nobleza que tanta sangre ha derramado por la patria;» á lo cual replicó el publicista Cerutti: «¿Por ventura era agua la sangre del pueblo?» Los príncipes denunciaban en la misma memoria «un sistema de insubordinación razonada y de menosprecio de las leyes del Estado,» y añadían que había motivos para temer disensiones civiles... si los derechos de los dos primeros órdenes sufrían alguna alteración.» Esta amenaza, apenas disfrazada, provocó el odio del pueblo contra los príncipes.

En las provincias, la aristocracia se opuso en todas partes á la doble representación y al voto por cabeza.

En Provenza, en donde los Estados habían sido restablecidos á fines de 1787 en su antigua forma, el tercer estado reclamó contra este sistema de representación que le daba sólo cincuenta y seis diputados contra ciento veintiocho representantes de la nobleza y otros tantos eclesiásticos. Un abogado de Aix, Pascalis, propuso que se invirtiera la proporción y se diera al tercer estado una representación superior á la de los órdenes privilegiados reunidos; y Mirabeau, en un discurso pronunciado en enero de 1789, se limitó á pedir á sus colegas de la nobleza la igualdad de número entre los representantes de los privilegiados y los del tercer estado; pero la nobleza y el clero se negaron á toda concesión. En Langüedoc, todo el mundo pedía la reforma de los antiguos Estados: los nobles se lamentaban de que sólo tuviesen derecho de formar parte de ellos los titulares de baronías; los burgueses quejábanse de que fuesen llamados á representarles funcionarios municipales y ennoblecidos; y las pequeñas provincias del Vivaraís, del Velay y del Gevaudán decían que su reunión al Langüedoc era una verdadera «servidumbre» y reclamaban Estados particulares. En Borgoña, los privilegiados protestaron contra toda modificación de las antiguas formas de los Estados generales, y en Franco Condado redactaron un mensaje violento contra la «duplicación» del tercer estado. En Bretaña, habiendo el tercer estado de las ciudades pedido la igualdad ante el impuesto, la admisión de los pecheros en el Parlamento y la doble representación y el voto por cabeza en los Estados de provincia, un caballero de Guer habló de «acuchillar al tercer estado» y un Beaumanoir exclamó que al fin iba á «esgrimirse el cuchillo.» Cuando en 29 de diciembre de 1788 se reunieron los Estados en Rennes, mil doscientos hidalgos anunciaron su resolución de rechazar las peticiones del tercer estado, y aunque el gobierno aplazó la asamblea, los nobles se declararon en sesión permanente, se juramentaron, publicaron libelos y provocaron disturbios en toda Bretaña.

Los parlamentos secundaban con todas sus fuerzas á los órdenes privilegiados; uno tan sólo, el de París, intentó el papel de mediador. Ya en la sesión del 25 de septiembre Du Port había protestado contra la obcecación de sus colegas, y otros magistrados, que querían presentar su candidatura para los Estados generales, Semonville, Herault de Sechelles, Saint-Fargeau y d'Eprenesnil, hicieron notar al tribunal que perdía su popularidad. D'Eprenesnil propuso que se concediera al tercer estado la doble representación, sin suprimir la distinción de los órdenes; expuso sus ideas en un folleto titulado *Réflexions d'un Magistrat (Reflexiones de un magistrado)*; se puso en relaciones con Nécker é indujo á su corporación á revocar sus acuerdos y á reclamar, en 5 de diciembre, la periodicidad de los Estados, la igualdad ante el impuesto, la responsabilidad de los ministros, la votación de las leyes y de los impuestos por los representantes de la nación y la libertad de la prensa y de los individuos. Todo esto constituía el programa del partido Nacional. Además, el Parlamento declaró que se remitía á la sabiduría del rey en lo tocante á las cuestiones de la duplicación y del voto por cabeza.

Pero el Parlamento no sacó ningún provecho de

aquel cambio brusco: el rey acogió mal sus «suplicaciones»; los privilegiados hablaron de traición, y los Nacionales se burlaron de los magistrados. Entonces el Parlamento canta de nuevo la palinodia, vuelve á su sistema de reacción, denuncia los folletos, prohíbe las peticiones del tercer estado y manda comparecer ante él á uno de los más fogosos peticionarios, el doctor Guillotín. Habiéndose éste vanagloriado de haber recibido las firmas de las seis corporaciones de mercaderes de París, uno de los magistrados exclama: «¿A título de qué se meten en estos asuntos? ¿No tienen acaso bastante con barrer sus tiendas?» Pero los patriotas quemaron los decretos y las requisitorias del Parlamento, y los magistrados, perdiendo la confianza en sí mismos, sólo con intermitencias se atreven á mostrarse severos. La misión del Parlamento había terminado.

III. — Convocación de los Estados generales

A fines de 1788, el partido nacional está enteramente organizado. Nacido en 1787, permaneció largo tiempo confundido con los demás partidos de oposición, pero luego separóse de éstos y siguió su política propia; y cuando el acuerdo del Parlamento, de 25 de septiembre, y la decisión de los notables le demostraron el sentido reaccionario de los «aristócratas», dejó de combatir la prerrogativa regia y dirigió todas sus fuerzas contra los privilegiados.

Tiene un comité director, el comité de los Treinta, que se reúne en casa de Du Port, en donde se encuentran, además de algunos parlamentarios, el duque de La Rochefoucauld-Liancourt, Talleyrand, Dupont de Nemours, d'Aiguillon, el duque de Luynes, el abate Luis, Mirabeau, Condorcet, La Fayette, Sieyes, Target y Rœderer, partidarios unos de una monarquía aristocrática á la inglesa y otros de una «democracia real.» Tienen relaciones en todo el reino; preparan y ordenan manifestaciones y sus propagandistas trabajan con tanto ardor, que se les califica de «arrebatados», como á los postillones que conducían al galope á los cortesanos á Versalles. Ellos serán los que dirigirán las elecciones en los Estados generales.

Los cafés son más que nunca «escuelas de democracia y de insurrección» y en ellos se juzgan y se queman las publicaciones de los «aristócratas» y las requisitorias y los decretos de la magistratura. En el café Foy y en el café de la Cueva, varios oradores arengan al auditorio ó leen con pasión los escritos del día. Volney publica en Rennes *La sentinelle du peuple (El centinela del pueblo)*, y Mirabeau, en Aix, *Le courrier de Provence (El Correo de Provenza)*. Los folletos aparecen á millares; en pocos meses, un aficionado colecciona dos mil quinientos. Servant publica la *Régénération de la France par les États Généraux (Regeneración de Francia por los Estados generales)*; Cerutti, la *Mémoire pour le peuple français (Memoria para el pueblo francés)*; Condorcet, los *Sentiments d'un républicain (Sentimientos de un republicano)*; y Sieyes, en su *Essai sur les Privilèges (Ensayo sobre los Privilegios)*, contestación á la memoria de los príncipes, demuestra que es menester destruirlos todos, incluso los puramente honoríficos. Otro folleto de Sieyes produjo un efecto extraordinario, y Michelet, hablando de él, dice que «armó á la Revolu-

ción con su fórmula victoriosa, con su hacha y con su espada.» «¿Qué es el tercer estado?, preguntó Sieyes.— Todo.—¿Que ha sido hasta el presente en el orden político?—Nada.—¿Qué pide?—Ser en él algo.» Publicáronse otros escritos más violentos: una memoria en la que el conde de Antraigues exaltaba los derechos ilimitados del pueblo; la *France libre (Francia libre)*, de Camilo Desmoulins; los *Cahiers du quatrième Ordre (Cuadernos del cuarto Orden)*, el *Cahier des pauvres (Cuaderno de los pobres)*, y finalmente el *Gloria in excelsis du Peuple (Gloria in excelsis del Pueblo)*, el *Miserere de la Noblesse (Miserere de la Nobleza)*, el *Nunc Dimittis au Parlement (Nunc Dimittis del Parlamento)* y *La passion, la mort et la résurrection du Peuple (La pasión, la muerte y la resurrección del Pueblo)*. Los publicistas del partido nacional recordaban á los privilegiados que no eran más que doscientos mil en pugna con veinticinco millones.

En Langüedoc, en Bretaña, en Provenza y en Normandía los Nacionales impulsaban á las municipalidades á pedir que en los Estados provinciales se diese una representación más equitativa al tercer estado. En el Delfinado, los Estados habían sido trasladados, en septiembre, á Romans, á veinte leguas de Grenoble, en donde todavía duraba la agitación manifestada en la Jornada de las Tejas. Mounier hizo prevalecer en ellos sus opiniones y se votó allí una constitución de los Estados del Delfinado, que determinaba el modo de elección de los tres órdenes: para el tercer estado se establecieron un censo electoral y un censo de elegibilidad que variaba según las ciudades, así como los nobles y los eclesiásticos eran elegibles de derecho; en el orden del clero asegurábase la preponderancia á los altos dignatarios y en el de la aristocracia á aquellos cuya nobleza se remontaba á cien años por lo menos. Era una constitución á la vez liberal y moderada, en la que se anunciaba el futuro espíritu burgués de la Asamblea Constituyente. Pero cuando los Estados del Delfinado, definitivamente constituidos, se reunieron, en 10 de diciembre, para elegir sus diputados de los Estados generales, se declararon en favor de la duplicación del tercer estado, de la deliberación en común, sin distinción de órdenes, y del voto por cabeza. Y aquella declaración fué como un santo y seña que oyó toda Francia.

En Burdeos, en la iglesia de los Jacobinos, un orador popular propuso que se adoptaran en la Guiana las resoluciones del Delfinado; en todas las provincias cubríanse con las firmas de los Ayuntamientos y de las corporaciones peticiones encaminadas á obtener la duplicación; y las ciudades enviaban diputaciones al rey y á Nécker para declarar su oposición á la antigua forma de los Estados. La lucha entre las clases medias y la aristocracia fué en algunas comarcas muy violenta. En Rennes, los nobles instigaron á su clientela de lacayos, obreros y proveedores á hacer contra las nuevas ideas la manifestación del «pan barato»; y la juventud de las escuelas contestó á esto atacando á tiros á los hidalgos que, en 27 de enero, se dirigían á los Estados, matando á dos de ellos, hiriendo á muchos y sitiando á los demás en el Palacio de los Estados. Uno de los estudiantes, que más adelante había de ser famoso por varios conceptos, Moreau, fué á buscar, como refuerzo, á los

estudiantes nanteses. La juventud burguesa de Angers se declaró en pro de la juventud bretona y las mujeres de aquella ciudad juraron perecer antes que abandonar á sus esposos, amantes, hijos y hermanos, «prefiriendo, decían, la gloria de compartir sus peligros á la seguridad de una inacción vergonzosa.» Las ciudades sostuvieron correspondencia entre ellas y se pusieron de acuerdo contra los privilegiados; en Bretaña, en Normandía y en Anjou se confederaron y en la mayoría de las demás provincias formaron ligas. Los intendentes enviaban á París avisos alarmantes; Caumartin, desde Besanzón, escribía á Nécker que «en todas las clases del tercer estado la fermentación había llegado al colmo y que bastaría una chispa para producir el incendio,» y añadía: «Si la decisión (sobre la duplicación) es favorable á los dos primeros órdenes, tendremos insurrección general en todas partes de la provincia, seiscientos mil hombres en armas y todos los horrores de la Jaquería.»

El gobierno no podía seguir observando por mucho tiempo una conducta equívoca; así es que en un consejo celebrado en 27 de diciembre en presencia del rey y de la reina, promovióse un gran debate sobre la cuestión de la duplicación del tercer estado. El ministro de la Justicia, Barentín, y el secretario de Estado de la Casa del Rey, de Villedeuil, eran contrarios á aquella reforma y partidarios de la forma de los Estados de 1614; pero Nécker, apoyado por sus colegas Montmorín y Bouvard de Fourqueux, abogó por la duplicación, que presentó como acto de justicia, y convenció al rey y á la reina. Inmediatamente se publicó el «Resultado del Consejo,» en el que se disponía:

«1.º Los diputados en los próximos Estados generales serán, por lo menos, en número de mil; 2.º Este número se formará, en cuanto sea posible, en razón compuesta de la población y de las contribuciones de cada baillío; 3.º El número de los diputados del tercer estado será igual al de los otros dos órdenes reunidos y esta proporción se fijará en las letras de convocación.»

La certeza de tener al fin Estados generales provocó en toda Francia un entusiasmo prodigioso: en París, las gentes se besaban en las calles y de todas las provincias llegaron cartas que aportaban al rey los testimonios de alegría y de gratitud de las ciudades, de las corporaciones y de los particulares. Luis XVI fué un «dios tutelar» y Nécker su «ángel;» se produjo una especie de acto de fe y de esperanza en la monarquía y la libertad reconciliadas.

CAPÍTULO IV

ANTES DE LA REUNIÓN DE LOS ESTADOS GENERALES (DICIEMBRE DE 1788 Á MAYO DE 1789)

I. La guerra de clases. — II. El sistema electoral. — III. Las asambleas preliminares y la redacción de los cuadernos. — IV. Las elecciones. — V. Los votos de los tres órdenes.

I. — La guerra de clases (1)

La situación, sin embargo, continuaba siendo en extremo grave. Todo el régimen político había sido tras-

(1) FUENTES. *Arch. parlem.*, citados, t. I. Duvergier, *Collection compl. des lois de 1788 à 1824*, t. I. Brette, *Documents relatifs à la convocation des États généraux de 1789*, 3 vol., 1894-1904. Mo-